

El Apostolado de la Prensa

Por Alejandro González G.

Es tan vasto y complejo el tema del apostolado de la prensa, que su planteamiento y orientación en una brave charla invita al desaliento.

Sin embargo trataré de hacerlo contando con algo que es muy importante, y que realmente reconozco: Que todos mis oyentes conocen a fondo el tema, que han estudiado suficientemente los diversos documentos pontificios y el decreto del Concilio Vaticano II sobre los medios de comunicación, que han consultado otras fuentes de información, que en una palabra dominan el tema. Con ello lo mío resultará una paráfrasis, o si se quiere un resumen de algo de lo dicho, si no original, por lo menos útil para reflexionar y conducirnos a propósitos concretos.

Que la prensa ejerce en el mundo contemporáneo un tremendo papel conformador, que su fuerza de difusión y de divulgación alcanza límites apenas previstos, es hecho no discutible. Desde hace mucho tiempo, pero especialmente a partir de la revolución comunista en el mundo ruso, y del advenimiento del fascismo en el mundo occidental, el Estado omnipotente, y a los grupos económicos que oscuramente se mueven dentro del mundo capitalista, han entablado fiera lucha para hacerse a este poder.

Sus miras, hábilmente disimuladas unas veces, en otras ocasiones descarnadas y cínicas, son la conquista del poder político, social o económico, previo el procedimiento de transformación hábil, lenta, sabia y sin escrúpulos de la mentalidad común.

Que los medios son aptos y los resultados seguros, que el hombre acaba de sucumbir al martilleo brutal de que se le hace víctima, que bebe en su totalidad este suero de la mentira hasta convertirse en pobre muñeco a merced de quienes quieren dominarlo, es comprobación que podemos hacer viendo cómo ante los tribunales rusos o chinos el acusado, mansueto y apocado, repite en términos humildes una confesión que parece haberle sido citada, o cómo en épocas pasadas, un pueblo sabio o inteligente como el pueblo germano, aborregado e histérico desfilaba bajo los emblemas de Hitler.

No exageran quienes ven y presienten en los males que afligen a la sociedad contemporánea el papel importante y trágico que ha de-

sempeñado la prensa en particular, y en general los medios de comunicación.

Este es el aspecto negativo, la parte correspondiente al mal uso de las técnicas maravillosas con que el hombre actual difunde sus pensamientos para participarlos a los demás.

La Iglesia ve con maternal angustia, según la patética expresión que usa el Decreto del Concilio Vaticano II sobre los medios de comunicación social, cómo estos medios, creados según la buena voluntad humana y el designio divino para el perfeccionamiento y felicidad del hombre, son empleados frecuentemente contra estos fines.

Pero ni la Iglesia Jerárquica, ni sus fieles, unidos en la comunidad del Cuerpo Místico, podemos mirar solo el aspecto negativo y desecharlo como medio diabólico lo que mirado desde otro punto de vista ofrece un aspecto positivo, ampliamente aprovechable.

Pasó ya el tiempo en que muchos de nosotros, atemorizados por el mal que la prensa, el cine, la radio y la televisión ocasionaban, incurriamos en el error de abandonarlos en manos de quienes causaban tales daños.

Ha llegado la época, y con ella para los católicos la convicción firme de que tenemos un apostolado específico con respecto a los medios de difusión. Se trata de ganar para el Evangelio, para el Reino de Dios, una parcela no despreciable del mundo moderno.

Deliberadamente, para ponderar como es debido la importancia y la urgencia de nuestra intervención en este campo, me he alejado un poco del tema que me ha sido asignado concretamente: El de la prensa. Con mis anteriores consideraciones acerca de los medios de comunicación, quería fundamentar la razón de nuestro nuevo apostolado.

Al ceñirme a mi tema puedo plantear esta pregunta: Qué función o papel tiene el seglar cristiano, miembro consciente del Cuerpo Místico de Cristo, en el campo de la publicación escrita?

Ante todo ha de rechazar por antisocial y egoísta la tesis de que el diario o la revista es una mera empresa comercial, cuyo fin exclusivo o principal es el lucro. Ello no podrá sostenerse de ninguna otra empresa porque toda organización productiva tiene un fin social, pero mucho menos podrá decirse de una organización editorial, cuyos fines y resultados penetran tan hondamente en los intereses de la comunidad.

Producir bienes y servicios de naturaleza física o material exige desde luego un severo sometimiento al bien común, pero producir algo que va dirigido al espíritu del hombre, y que por eso mismo es de naturaleza espiritual, impone a quien lo hace la más estricta norma moral. Y a ella debe supeditarse el ánimo de lucro, el afán desmedido de ganancias.

Tampoco es tesis ni práctica cristiana ante la producción editorial la de quienes usan tan poderosa técnica, no ya para la obtención de lucros económicos, sino para alcanzar el predominio político, social o económico de personas, grupos, partidos o clases.

Desafortunadamente muchos cristianos, cristianos sinceros pero equivocados, perdidos en la maraña de intereses de esta naturaleza que acumula y entreteje el mundo contemporáneo, conspiran sin saberlo con-

tra el bien común. Y para acallar sus remordimientos, o buscando compensar el mal que causan marginalmente, hacer coexistir en las publicaciones que dirigen o financian lo mucho malo con lo ínfimo bueno.

La incorporación del cristiano a los medios escritos de comunicación ha de ser unitaria y total. No como "animal económico", ni como "animal político", ni como "animal social", usando la escueta terminología de los tratadistas de estas materias.

De esta congruente y rectilínea posición se derivarán sus verdaderos objetivos en el campo periodístico.

Buscará en primer lugar la unión y la concordia entre todos los hombres. Los unirá en la verdad que trasmite, en el espíritu de respeto, de tolerancia y de comprensión que difunde, en la enseñanza de los deberes cívicos e individuales de justicia que imparta. Cuidará de que sean más los motivos que los unan que los que los separen. Ideal hermoso, difícil claro está, pero no inalcanzable.

Atenderá además a la cultura de sus lectores, para muchos de los cuales la revista o el diario que él dirige, redacta o financia, son la única cátedra posible.

Propagará, en fin, el Reino de Dios en la tierra, haciendo que su lector, ese ser medio y desconocido, perdido entre la multitud, cobre en su pequeñez la dimensión desconcertante de hijo de Dios y hermano de Cristo.

Aquí, al plantear a los cristianos este fin del apostolado de la prensa, muchos vacilan. No ven posible ni conveniente que la publicación editorial, dirigida a una masa de lectores secularizada y sin mayor sentido religioso, se ocupe exprofeso de estos temas. Con ello, dicen, se especializa la publicación, y al hacerlo renuncia a un considerable número de lectores.

Tienen en parte razón. Pero la Iglesia no nos pide que la prensa controlada por los católicos sea en su totalidad confesional, y que al serlo se reduzca a grupos de lectores creyentes.

En lo que suele llamarse la prensa neutral, el cristiano puede destacar su avanzada evangélica. Si hace que los hombres se unan en la verdad de sus informaciones, en el respeto, la comprensión y la simpatía que se desprenden de la enseñanza periodística, si contribuye a la dignificación y perfeccionamiento de sus lectores, ciertamente ejecuta obra cristiana. Funda la estructura temporal que construye sobre firmes bases religiosas.

Claro está que la Iglesia no agota su exigencia de que los fieles intervengan en los medios de comunicación escrita con la participación en la que hemos denominado prensa neutra, y que estrictamente no lo es, sino que avanza hasta urgir la utilización de este medio técnico para la divulgación directa y explícita del mensaje evangélico.

Esta exigencia misionera debe ser satisfecha por apóstoles seculares, bien bajo su propia y personal responsabilidad, bien bajo la dirección y patrocinio de la jerarquía, pero en todo caso sometida al supremo control de quienes por derecho divino tienen la función del magisterio eclesiástico.

Su campo es la llamada en sentido estricto prensa católica. Aquí a la preparación técnica, y a la comprensión de los fines y deberes

generales del periodismo, ha de añadirse un hondo sentido de la misión que incumbe al cristiano de propagar el mensaje de salvación, un conocimiento suficiente del mismo, un indeclinable amor y fidelidad a la Iglesia, y la serena fé y confiada esperanza de que por el desempeño honesto de la función periodística, en un tiempo que sólo Dios podrá prever, los hombres volverán a la casa que hace tanto tiempo dejaron.

No, no es soñar plantearse tan elevados ideales. Para Dios es posible lo que para los hombres no lo es. Nuestro esfuerzo, nuestra buena voluntad en el empleo divino de estos medios humanos, diría yo que tiene cierto valor de oración, y la oración fundada en la fé, en el amor y en la esperanza, transporta montañas.

Un conocimiento prudencial del oficio periodístico, y un recto aprovechamiento de sus medios para conseguir los fines sociales e individuales previstos, exigen de parte del periodista cristiano un examen sobre lo siguiente:

Sobre la naturaleza de lo que difunde. Ha de ser algo útil, bueno bello o conveniente. La crónica roja, el escándalo de alcoba, la deshonestidad pública o privada minuciosamente transcrita, la debilidad humana, el vicio, etc., contendrán algún germen de donde puedan nacer las virtudes individuales o ciudadanas, o son por el contrario motivos de corrupción y de disolución?

Sobre el fin inmediato que persigue la información o el comentario. Se busca informar, enseñar recta y verídicamente, o por el contrario se pretende engañar, sugestionar o arrastrar?

Sobre las personas que integran la masa de lectores. Hay entre ellas niñas, jóvenes, hombres sin cultura, débiles mentales? Y si los hay, resulta justo y caritativo provocar su escándalo y desorientación con indiscretas informaciones y con torcidos comentarios periodísticos?

Sobre el lugar y el tiempo de la publicación. Nuestro país violento y apasionado no puede ser sometido a informaciones minuciosas de violencia, ni a comentarios periodísticos llenos de odio y de vehemencia. Nuestros largos periodos electorales, ya lo hemos comprobado, no pueden recibir igual tratamiento, y las rachas delictivas que periódicamente nos afligen, exigen del periodista responsable, del periodista cristiano, una discreta posición informativa.

En fin, ha de mirar el hombre del oficio todas las demás circunstancias permanentes y transitorias que hacen especialmente receptiva a su masa de lectores, y que por lo mismo influyen en el uso honesto y prudente de su medio.

El derecho a ser informado y orientado que asiste a todo lector, encuentra sus límites en el derecho que tienen los demás para no ser difamados, ni escandalizados, ni engañados, y en el que tiene la sociedad para salvaguardar el bien común.

Sobre este punto quisiera hablar más ampliamente. Pero considero que esta extensa paráfrasis ya debe terminar, y que al monólogo debe seguir el diálogo, forma predilecta de la Iglesia en los tiempos post-conciliares.

Vamos a él y veremos más honda y extensamente la doctrina y práctica de la prensa que preconiza la Iglesia católica.